

La última casa habitada¹

Claudia Morales

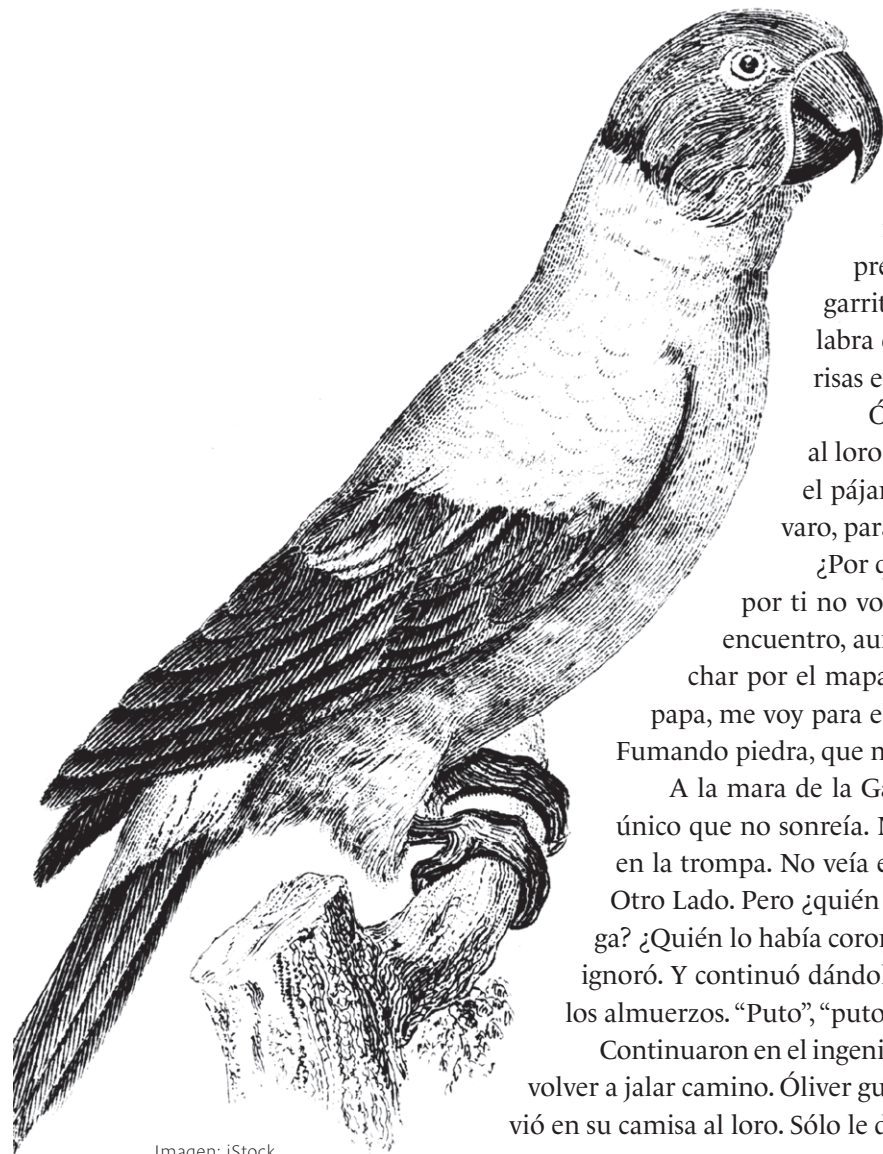


Imagen: iStock

EL LORO ERA DE UN VERDE ENCENDIDO y alegre. Pronto se convirtió en la sensación de la galera. Sobre todo entre las morras y los pajojos; aunque Óliver no dejaba que lo tentaran mucho, porque le iban a echar ojo. Por eso pidió prestado una pintura de uñas colorada y le pintó las garritas. También le enseñó a decir “puto”, “puto”, palabra que el loro repetía todo el día y que estallaba las risas entre todos los cheros.

Óliver también escribió una canción que le cantaba al loro como en sus tiempos en la ganga, esperando que el pájaro se la aprendiera. Quizá así podría hacer algún varo, para comenzar la vida allá en el Otro Lado.

¿Por qué te moriste, zorra? Esta rola es para esa morra, por ti no voy a la iglesia, lo que quiero es telequinesia, si te encuentro, aunque sea en Indonesia, prendo llanta, voy a marchar por el mapa, aunque la lluvia me empapa y yo no tengo ni papa, me voy para el Otro Lado, con el hueso estrellado, arrodillado. Fumando piedra, que me crece como hiedra.

A la mara de la Galera le gustaba el espectáculo. El Gavilán era el único que no sonreía. Nomás observaba al pájaro con un gesto de asco en la trompa. No veía el propósito de llevarse un loro con ellos, para el Otro Lado. Pero ¿quién lo había hecho a él, el Gavilán, el líder de la ganga? ¿Quién lo había coronado como el más bravo de los bravos? Por eso lo ignoró. Y continuó dándole de beber café en el pico y trozos de tortilla en los almuerzos. “Puto”, “puto”, le respondía el loro.

Continuaron en el ingenio hasta que llegó el fin de mes y les llegó la hora de volver a jalar camino. Óliver guardó su dinero en la suela de sus zapatos y envolvió en su camisa al loro. Sólo le dejó el pico fuera del envuelto para que respirara.

¹ Extracto de la novela *No habrá retorno*.

El Gavilán creía que lo mejor era volver a la sierra, a los ranchos de café, a andar el camino por la montaña para evitar el peligro de montarse en el tren. Allí podían engancharse en un camión de redilas que los sacara para Veracruz y de ahí derecho para Reynosa. “Ta bueno, pues”. Le dijo el Óliver. Y volvieron a andar los caminos que el Gavilán conocía.

La sierra era extensa y extraña para Óliver, acostumbrado a las costas y al calor. El clima se le hacía fresco y conforme se subía más y más y más, quedaban detrás los campos de mango y caña, y sentía más frío.

Los caminos de piedra estaban cercados por matas de café y palos de chalum. Las chicharras silbaban sin ser vistas. Su pitido alebrestaba la calma de la sierra.

Lo único malo del camino es que al Óliver le agarraba el mal del pecho. Le costaba respirar en la altura y caminaba más lento. El Gavilán iba delante con su cuchillo al cinto. Óliver recordó entonces a la viejita ciega de aquel rancho. Pero ahora no iba a haber necesidad de eso, porque venían surtidos de mota y piedra. Además, traían plata.

Varo ganado por su trabajo. Al Óliver le gustaba ganarse el dinero. Le causaba una sensación bien prendida en el cuerpo. Le inflaba la panza de orgullo, le daba ganas de decirle a la ruca “¿ya viste?, ¿ya viste? ¿Quién es el malviviente, mantenida?, ruca panzona”.

Ahora él sí traía buen ritmo. Él era el chucho arisco y se iba, se iba encandilado, derecho, para el Otro Lado. Se iba en serio.

El loro se sacudió dentro del envuelto. Tenía hambre, él también.

—Oí, Gavilán, hay que buscar el almuerzo —le dijo.

—Cabal, mano, allá delante hay unos ranchos.

Pero por un largo rato no encontraron ninguno habitado. Todas las casas estaban abandonadas y los cafetales secos. El monte había crecido donde por años las

señoras no lo dejaban crecer: en la puerta y junto a las ventanas. Es que ahora todo mundo andaba jalándole para el Otro Lado, hasta los patrones cafetaleros. Hasta ellos empacaban sus cosas y emprendían el camino. Por eso ahora todo se lo comía de nuevo la montaña. Sus casas, sus camas, sus jardines, sus santos.

Pero de paso los jodían a ellos. No había qué comer porque sus huertos habían sido comidos por los pájaros y los animales de monte. De la última casa abandonada que toparon, nomás sacaron un trozo de panela que partieron en dos y se tragaron con la garganta seca, pero eso nomás sirvió para alebrestar la panza, que ya le dolía, y Óliver comenzó a marearse.

Se detuvieron a pasar la hora del calor. Fumaron un poco de piedra para distraer la tripa. Después de un rato continuaron caminando, cuando la neblina comenzó a deslizarse por los cafetales.

Enseguida, llegaron a un camino que se dividía en dos. No sabían hacia dónde seguir. A Óliver se le ocurrió que el loro debía saber el mejor camino. Gavilán estuvo de acuerdo.

Colocaron al loro en el piso y lo observaron con calma. Primero el loro se rascó con el pico debajo del ala. Después comenzó a picotear la tierra.

—Pájaro cerote. Para nada servís.

El Gavilán lanzó un escupitajo a donde estaba el loro y el pájaro dio un salto y se apresuró a caminar lo más rápido que sus patas cazcorvas le permitían.

—¡Para la izquierda dice!

El Gavilán estuvo de acuerdo y Óliver tomó al perico de nuevo. Esta vez lo puso en su hombro, como los piratas. No tardaron en ver una casa de adobe al pie de una montaña azul. No se veía tampoco habitada y por un momento temieron lo peor. Entonces oyeron perros. El Gavilán sonrió. Ahí debía haber mara. Le dijo.

Se acercaron cuidándose de los chuchos. Pero aunque los oían, no podían verlos. Debían estar encadenados. Ambos entraron al patio donde se secaba el café. Había un montón de granos recién cepillados.

Un hombre güero y fornido estaba sentado en una butaca golpeando sus nudillos contra su pecho. El Gavilán se puso la mano en el cuchillo.

—Aguanta, mano. Ese viejo está idiota.

El hombre se tapó los ojos con las manos como un niño. Sin duda era un imbécil. El Gavilán se entretuvo quitándole la gorra y haciéndolo dar manotazos para recuperarla. Aparte de ese hombre estúpido, no parecía haber nadie.

Óliver, por su lado comenzó a husmear lo que restaba de la casa. Aquí todavía había muebles y gallinas. Debía vivir gente.

Dio la vuelta y entró a un segundo patio. En el centro, había una pila de agua. Tenía mucha sed y corrió hasta ahí. Colocó al loro a la orilla de la fuente. El pájaro comenzó a beber con su pico y se salpicó gotitas de agua en la cabeza. Óliver bebió agua con las dos manos. Tenía mucha sed. El Gavilán apareció de pronto a su lado e hizo lo mismo. No habían bebido ni una gota desde que dejaron el ingenio.

—¡No tome de esa agua!

Una mujer apareció en la puerta de uno de los cuartos. Era joven y se veía bien puesta.

—Disculpe, señor, nomás queríamos un traguito —dijo el Gavilán.

—No, no tomen de esa agua, está sucia —les advirtió y los llamó con señas; les pidió que se acercaran—. Vengan a la cocina.

—Jube, jube, dales agua hervida.

Una india salió del cuarto y los vio con desconfianza. Los dejó pasar a la cocina. Se sentaron en una banca. Óliver estaba cansado. Le dolía el pecho. La mujer joven

se sentó en la mesa. La india le sirvió un vaso de agua a cada uno en un vaso de peltre. El agua tenía mal sabor pero se la tomaron igual. No sabía igual que el agua fresca de la pileta. Ésta estaba acartonada y pesada.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó la mujer.

—No somos de por acá, señor. Yo vengo de Guate y éste es salvatrucha. Vamos camino al Otro Lado.

La india se puso junto a la mujer. Clavó sus ojos de frijol prieto en sus movimientos. La mujer se quitó el suéter y se lo colocó sobre las piernas. Sonrió.

—¿Quieren comer algo antes de irse? Jube, dales algo, algo que haya por ahí.

La india se apartó de ella sin perderlos de vista. Les sirvió caldo de pollo y arroz. Óliver sintió que le daba vuelta el estómago y agarró el plato aunque estuviera caliente. Comenzó a comer sin importarle que la señora estuviera viéndolo ahí, con lástima. No le afectó que ella sintiera pena por él, aunque le dolió el orgullo. Estaba bueno, que sintiera lo que saliera de su corazón. Le daba igual. Metió los dedos en el caldo caliente y pescó una pieza de pollo.

—Gracias, señor —le dijo.

Ella le tendió la mano. Óliver se la apretó. Sintió sus palmas suavitas como la hoja del tulipán. Nunca nadie, salvo el Willys, lo había alimentado sin echárselo en cara. El Gavilán se le adelantó silbando con la panza llena.

—¡Oigan! —La mujer los alcanzó cuando ya estaban agarrando comino— ¡Dejó a su mascota!

La señora estaba en medio del camino a varios metros de la casa. Había corrido hasta ellos.

—¿Qué cosa es que dejé?

—¡El loro!

Sin el abrigo puesto, a la mujer se le veían los pechos, paraditos y macizos. Allí no podría escucharla nadie si la jalaban para el cafetal.

—Se lo regalo —le gritó.

Se dio la vuelta y continuaron andando. El Gavilán debió haber también considerado la idea, porque había desenvainado su cuchillo y lo mecía de una mano a otra, como si le diera vueltas a un pensamiento. Pero fuera lo que fuera, ninguno de los dos dijo nada. Siguieron su camino y, al poco rato, les cayó la noche y el frío. A Óliver le comenzó la tos de chucho que le hacía chillar el pecho. Le costaba respirar y tenía que jalar aire con fuerza.

El camino comenzó a oler a huele de noche y las flores resplandecieron bajo la luz de la luna.

El Gavilán venía en silencio, a ratos silbaba y le contaba del Cadejo.

—A ver si no se nos aparece en el camino —le dijo y volvió a quedarse mudo.

Óliver pensó en aquella mujer viviendo en esa casa descuajeringada, en la pila de agua fresca, en el loro, en Willys y su panza blanda.

El último día que lo vio, tenía un loro en una jaula oxidada. El loro era grande y la jaula pequeña, cuando aleteaba se lastimaba las alas y pegaba chillidos largos y angustiados.

Quizá cuando regrese del Otro Lado, pensó, lo vaya a ver. Va a cruzar la calle que está junto a la iglesia. Pedirá un bicitaxi. “Llévame con el Willys”, va a decir y lo van a empujar hasta su negocio. La puerta va a estar abierta, la calle estará ruidosa y hedienta. Se va a secar el sudor al entrar a la tienda. Un cipotito estará ahí en la barra, destapando las cervezas o despachando arroz y frijoles. La rocola estará tocando la rola que le gusta al panzón del Willys. Un amor que se me fue, otro amor que me olvidó. Por el mundo voy penando. Amorcito, quién te arrullará. Pobrecito que perdió su nido, sin hallar abrigo, muy solito va.

Él atravesará la puerta que separa el negocio de la casa, aún se oír la rola y ahí va estar el Willys, blanco y gordo, sentado en su butaca fumando mota.

Todo eso va a pasar, todo eso cree que va a ocurrir ahora que vuelva del Otro Lado. ¿Pero va a volver? Si llega al Otro lado, ¿va a querer volverse a la mierda?

Óliver dejó de oír los pasos del Gavilán junto a él.

—Se te apareció el Cadejo, cerote.

Se dio la vuelta para buscarlo y apenas, por un segundo, logró ver el destello del filo de la navaja que se enterró en su espalda. Recordó el beso de Nohemí en su frente y sintió que le ardía. Le pareció oír a lo lejos el sonido de la chicharra cortando filosamente con su canto el silencio de la noche. **▲▲**